

Construyendo la nación... con una enciclopedia

Antonia Pi-Suñer Llorens*

Resumen: El artículo analiza el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, publicado en la Ciudad de México entre 1853 y 1856; se trató de la reimpresión de una enciclopedia española, publicada pocos años atrás, que llevaba el mismo título. En la edición mexicana se incluyó gran cantidad de entradas sobre historia, geografía, estadística, biografías de personajes ilustres, religión, costumbres y tradiciones de México, escritas por cerca de cincuenta connotados literatos. La tesis central del artículo es que dicha obra monumental respondió a la necesidad de crear un imaginario de nación, indispensable en aquel periodo —tras la derrota ante la invasión estadounidense—, que expuso la falta de cohesión e identidad nacional.

Palabras clave: México, imaginario, identidad, proyecto-cultural, nación católica.

Abstract: The article analyzes the *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, published in Mexico City from 1853 to 1856, which was a reprint of a Spanish encyclopedia, published a few years earlier, with the same title. The Mexican edition included a large number of entries on history, geography, statistics, biographies of illustrious persons, religion, and customs and traditions in Mexico, written by close to fifty distinguished men of letters. The central thesis of the article is that this monumental work responded to the need to create an imaginary of the nation, which was indispensable at that particular moment, after the country's defeat in the U.S.-Mexican War that showed Mexico's lack of unity and national identity.

Keywords: Mexico, imaginary, identity, cultural project, Catholic nation.

Fecha de recepción: 10 de febrero 2016

Fecha de aceptación: 19 de marzo 2016

Corrían los primeros meses de 1853 cuando el periódico *El Universal* anunció la publicación del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* (DUHG). Esta empresa, a decir del diario, era un verdadero acontecimiento, pues, como otras similares en el mundo, estaba llamada a cambiar “el aspecto moral del país derramando entre sus habitantes nuevos rayos de luz, abriendo nuevas puertas a la inteligencia y preparando nuevos caminos a la civilización”. En ella colaborarían todas las notabilidades literarias, que, estimuladas por los beneficios que pudiera hacer a su patria una obra de esa en-

vergadura, se consagrarían al estudio de su historia y de su geografía y a recoger las noticias estadísticas que, hasta ese momento, eran tan escasas. Si eso era “una garantía de buen éxito para la empresa”, también era motivo de “hermosas esperanzas” para toda la nación por las consecuencias que tendría para “la buena marcha de la administración pública”.¹

El 23 de abril, el mismo periódico publicó el prospecto que ya circulaba entre el público. En él se anunciaba la próxima aparición del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, obra dada a luz en España por una sociedad de

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ *El Universal*, Ciudad de México, 22 de marzo de 1853.

literatos distinguidos y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México, con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la República mexicana. Sus colaboradores permanentes serían Lucas Alamán, Juan Nepomuceno Almonte, José María Andrade, José María Bassoco, Joaquín Castillo y Lanzas, Manuel Díez de Bonilla, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Javier Miranda, Manuel Orozco y Berra, Emilio Pardo, José Fernando Ramírez, Ignacio López Rayón y Joaquín Velázquez de León, quienes formaban parte de la élite intelectual del momento.

El prospecto señaló que no se trataba de una obra nueva, puesto que su base sería el *Diccionario* que “el Sr. Mellado” había publicado en España,² pero que estaba muy lejos de ser una simple copia, ya que en la versión mexicana se intercalarían un sinnúmero de artículos dedicados a la geografía —más de seis mil—, a la historia, bibliografía y biografía nacional. Si éstos no llegaran a tiempo, se añadirían en un apéndice o suplemento. La publicación marcaría un hito en la historia de México, y se recomendaba “a todas las clases de la sociedad, como la más útil, más agradable y más importante” de cuantas habían salido hasta ahora de las prensas mexicanas. Las entregas serían semanales, constarían de diez a doce páginas, serían por suscripción y costarían dos reales para la capital y dos y medio para el interior de la república, franco de porte.³

Adelantándose a la pregunta que podrían hacerles del por qué tal información se presentaría en forma de enciclopedia, los editores apuntaron que “ofrecer reunidas en una sola obra todas las nociones que andaban dispersas en el vasto campo de la ciencia, de la historia y de la literatura era hacer un servicio inapreciable a la república literaria”.⁴ Al ser organizada “por el cómodo orden alfabético”, los lectores se ahorrarían mucho trabajo, pues sabrían bien

² Se referían al editor español Francisco de Paula Mellado.

³ *El Universal*, Ciudad de México, 23 de abril de 1853.

⁴ *Idem*.

dónde encontrar “las doctrinas que se buscan o las noticias que se necesitan”.⁵

Génesis de la edición mexicana del *Diccionario*

El primero que se ocupó —en una fecha tan tardía como 1898— en explicar cómo había nacido la idea de publicar esa obra fue el eminente bibliógrafo Nicolás León. Según él, fue José Fernando Ramírez quien sugirió:

[...] al librero D. José María Andrade la idea de reimprimir con *Adiciones* el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* que se acababa de editar en España, siendo esas *Adiciones* las correspondientes a México. Madurado el proyecto, se distribuyó el trabajo entre muchos de los literatos citados, quedando la dirección en manos de los editores, señores J. M. Andrade y F. Escalante, aunque en realidad lo era el Sr. Lic. Ramírez.⁶

Años después, en 1932, Artemio del Valle Arizpe dio su propia versión, con un grado mayor de invención y un lenguaje más barroco. En la librería de Andrade:

[...] se reunía, tarde con tarde, un selecto concurso, una especie de academia medica, al modo de las renacentistas de Italia. Véase si no. Allí estaban el conde de Bassoco, y el linajudo conde de la Cortina [...] Los sabios don Fernando Ramírez, don Manuel Orozco y Berra, don Lucas Ala-

⁵ “Introducción”, en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía (DUHG)*, México, Tipografía de Rafael-Librería de Andrade, 1853, t. I, p. II.

⁶ “El Instituto Bibliográfico Mexicano. Los libros. Los bibliófilos. Los bibliógrafos mexicanos”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, t. XIV, núms. 3 y 4 (julio-diciembre de 1963); *cfr.* Miguel Ángel Castro Medina y Guadalupe Curiel Defossé, “Introducción”, en *Obras monográficas mexicanas del siglo XIX en la Biblioteca Nacional de México: 1822-1900*, México, UNAM, 1997, p. 13.

mán, don Joaquín García Icazbalceta, don Bernardo Couto, don José Sebastián Segura, don José María Lafragua, don José María Andrade, don Anselmo de la Portilla, don Mariano Riva Palacio, don José María Lancunza, el cumplido caballero don José María Roa Bárcena, y otros varones de esta crecida talla que se hallan en grado de honra y estado muy alto. De esta tertulia salió la buena idea de publicar el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* con sus nutridos tomos de apéndice.⁷

Valle Arizpe dio por sentado que muchos de los autores que se sumaron a la empresa enciclopédica a medida que se fue publicando y cuyos nombres aparecen en las portadas de los diez tomos habían sido sus fundadores. Incluso añadió alguno más, como Mariano Riva Palacio, que nada tuvo que ver con la empresa.

Por mi parte, las investigaciones que he realizado con mis alumnos en torno al *Diccionario*⁸ me han llevado a la conclusión de que la idea de editarlo en México no nació de una afable tertulia literaria sino que su razón de ser fue mucho más profunda, dada la conjunción de crisis política y de identidad que vivía el país de tiempo atrás y que tanto se agravó a raíz del desastre de la guerra con Estados Unidos. En mi opinión, son varios los elementos a analizar sobre el origen de esta empresa. Desde el punto de vista material, se trató, antes que nada, de un negocio editorial de Rafael Rafael y de José María Andrade en cuya imprenta y librería,

respectivamente, se editaron y se vendieron las entregas del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. Estos factores, más el hecho de que la obra se anunciara en *El Universal*, portavoz del partido conservador y también editado en la imprenta de Rafael, llevan a identificar a la empresa, ideológicamente, con la causa conservadora. Más aún cuando el prospecto anunció entre los colaboradores permanentes a reconocidos miembros de aquel grupo político, como Alamán, el padre Miranda, Díez de Bonilla, Bassoco, Castillo y Lanzas, Velázquez de León, García Icazbalceta y el propio Andrade.

El hecho de que algunos de esos personajes —Alamán, Díez de Bonilla, Castillo y Lanzas y Velázquez de León— pasaran a formar parte del gobierno de Santa Anna en aquel mismo mes de abril de 1853 parece indicar que el *Diccionario* estaba incluido en el proyecto político impulsado por Alamán y encabezado por Santa Anna. Así, a pesar de que los editores anunciaron que la empresa estaría “lejos de las pasiones y de la agitación que producían la lucha momentánea y el espíritu de partido”,⁹ el proyecto parecía tener un fin político. Además, si se revisan a vuelo de pájaro las entradas de los diez tomos del *DUHG* y se leen algunos de los extensos artículos sobre el papel de la Iglesia durante el virreinato, se podrá llegar a la conclusión de que, efectivamente, el objetivo de la obra era coadyuvar a consolidar un Estado-nación de corte conservador.

Si bien estos factores parecen contundentes, me inclino a sostener que, antes que un proyecto político aprovechado por los impulsores del conservadurismo en la coyuntura de 1853, fue un proyecto cultural. En efecto, a pesar de la convicción ideológica de los personajes arriba mencionados, los encontramos junto a otros colaboradores anunciados como permanentes: Almonte, Lafragua, Orozco y Berra, Pardo, Rayón y Ramírez, identificados con el liberalismo moderado.¹⁰ Unos y otros compartían intereses

⁷ Artemio del Valle Arizpe, *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México*, México, Editorial Cultura, 1932, pp. 45-46.

⁸ Me refiero al proyecto “México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía”, que coordiné en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. De él resultaron el *Catálogo de los artículos sobre México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía* y las antologías: *México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía, Volumen I: Universidad, Colegios y Bibliotecas; Volumen II: Ciencia y Tecnología; Volumen III: La contribución de Orozco y Berra; Volumen IV: Instituciones civiles y religiosas novohispanas*, México, UNAM, 2000-2004.

⁹ *El Universal*, Ciudad de México, 23 de abril de 1853.

¹⁰ Cabe recordar que Almonte militó en las filas del liberalismo hasta 1857, fecha en que, estando en París, se decidió por la causa del conservadurismo. En cuanto a

culturales, eran reconocidos hombres de letras y de ciencias, pertenecían a las mismas asociaciones literarias y destacaban como académicos. La mayoría eran miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y en ella formaban parte de las distintas comisiones que se ocupaban de la historia del país, su geografía, su clima, sus estadísticas, las ciencias naturales, los idiomas y dialectos de los aborígenes, etcétera.¹¹ Sobre esos temas disertaron los colaboradores “permanentes” y los que se sumaron al proyecto, siendo sus artículos el resultado de intereses intelectuales y de investigaciones que venían de tiempo atrás. Así, antes que imponer un proyecto político, aquello que los habría convocado sería, por un lado, la urgente necesidad de crear una idea de nación y, por otro, el afán de integrar a México en la cultura universal.

La explicación que dieron los editores de por qué se proponían reeditar el *Diccionario* de Mellado nos lleva, considero, a la razón última de ser del *DUHG* mexicano. A decir suyo, cuando se iniciaba un proyecto de “tanta cuantía”, como el que emprendían, se requería no sólo una división del trabajo sino tomar por base la última obra de las de su género, para comenzar “esa tarea de aumentos, de rectificaciones y de ampliaciones que era él mérito de esta clase de obras”.¹² Con las adiciones sobre “las Américas en general y la República mexicana en especial”, harían lo mismo que en Madrid acababa de hacer Mellado al publicar el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía, aumentado con artículos sobre España*.¹³ Esta obra había consistido en la traducción del *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie* que Nicolas Bouillet había publicado en París en 1842 con enorme éxito. El interés de Mellado se de-

bía, como él mismo lo señaló, a que en España sólo circulaban diccionarios franceses, pero que poco se ocupaban de la península ibérica, por lo que se propuso publicar una enciclopedia que diera tanto a los españoles como al resto del mundo mayor información sobre su país. Esta misma razón pudo mover a nuestra élite intelectual a hacer otro tanto por México.

La necesidad de construir un “espíritu nacional”

La coyuntura fue, además, propicia. En este sentido, cabe recordar que, a raíz de la guerra con Estados Unidos y ante la evidente pasividad y desunión de los mexicanos, surgió una serie de escritos que analizaban la realidad del país. Entre ellos, el folleto titulado *Consideraciones sobre la situación política y social de la República mexicana*, en el que “varios mexicanos” sostuvieron que en México no había ni había podido haber “eso que se llamaba espíritu nacional, porque no había nación”.¹⁴ Una nación sólo podía llamarse así si contaba con todos los elementos para lograr la felicidad y bienestar de sus habitantes en el interior y ser respetada en el exterior, requisitos que México había demostrado no reunir. Mientras “el fanatismo, la ignorancia y la holgazanería” siguieran cundiendo, y mientras no se lograra un gobierno “verdaderamente ilustrado y enérgico” que hiciera todas las mejoras que necesitaba la sociedad para progresar, la nación mexicana seguiría sin existir.¹⁵ Era, por tanto, urgente rectificar el rumbo y sacar al país del marasmo en que se encontraba, educando y moralizando al pueblo.

Cuando estas *Consideraciones* salieron a la luz, el país se encontraba, en efecto, destrozado: la capital estaba ocupada por las tropas estadounidenses; las instituciones, debilitadas; el

Lafragua, la edición de *El Universal* del 22 de abril anunció que se incorporaba como colaborador permanente.

¹¹ Dicha sociedad, creada en diciembre de 1849, fue el resultado de la fusión del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, fundado en 1833, y la Comisión de Estadística Militar, en 1839.

¹² “Introducción”, en *DUHG*, t. I, p. 1.

¹³ La publicación consistió en siete tomos y se publicó entre 1846 y 1848.

¹⁴ Según lo asentó Jesús Reyes Heróles, el autor de dichas *Consideraciones* fue Mariano Otero; *cfr.* Mariano Otero, *Obras*, recop., selec., comen. y est. prelim. de Jesús Reyes Heróles, México, Porrúa, 1967, 2 vols.

¹⁵ *Ibidem*, vol. I, p. 127.

ambiente político totalmente polarizado; el ejército, prácticamente destruido, y la hacienda pública, exhausta. Tocó a los gobiernos liberales moderados emprender la reconstrucción; sin embargo, no pudieron sobrevivir a los embates de los conservadores, los santanistas y aun los liberales radicales. Así fue como, unánimemente vilipendiado, el presidente Arista se vio forzado a renunciar a principios de enero de 1853. Para aquel momento, la opinión pública parecía estar de acuerdo en que la única solución para sacar a flote el país era erigir un régimen de excepción y en que el político que debía encabezarlo era el general Santa Anna. Tanto *El Universal* como *El Monitor Republicano*, portavoces del partido conservador y del liberalismo radical, respectivamente, señalaron la necesidad de crear un “gobierno nacional”, e inclusive *El Siglo Diez y Nueve*, diario liberal moderado, expresó su apoyo al caudillo, “resignándose a sobrellevar una dictadura de muy corta duración y a dar más poder y más influencia a la fuerza armada”, aunque se cuidó bien de decir que, “por principio”, desaprobaba dicho tipo de gobierno.¹⁶

Alamán, a la cabeza de su partido, vio en la figura de Santa Anna la única posibilidad de imponer un gobierno fuerte y de conservar la religión católica, “único lazo que ligaba a todos los mexicanos, cuando todos los demás [habían] sido rotos”.¹⁷ Bajo estas circunstancias, en abril de 1853 volvió Santa Anna, que contó también con el beneplácito de algunos liberales, entre ellos, Miguel Lerdo de Tejada. Empezó entonces su último gobierno en el que, como dijimos más arriba, colaboraron varios de los autores del *Diccionario*. Mención especial merecen Velázquez de León y el propio Lerdo, quienes, interesados en asegurar el buen funcionamiento de la administración pública y promover el crecimiento económico —tal como lo habían propuesto los “varios mexicanos” en 1848—, impulsaron la

¹⁶ *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 15 de febrero de 1853.

¹⁷ Lucas Alamán, “Carta a Santa Anna, 23 de marzo de 1853”, en Alvaro Matute, *Antología, México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones*, México, UNAM, 1981, pp. 284-286.

creación del ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio,¹⁸ del cual Velázquez de León fue el titular y Lerdo el oficial mayor, ambos colaboradores del *DUHG*.

Es en este contexto que se inserta la aparición del *Diccionario*. El sentido nacionalista que tuvo fue reiterado una y otra vez por sus editores, quienes insistieron en que, lejos de cualquiera mira política, los hombres de todas las creencias del país ayudarían a una obra propia y verdaderamente nacional, que a todos interesaba, ya que:

[...] cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlos en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.¹⁹

Esta misma inquietud nacionalista se reflejó en otras obras de aquellos años. Entre ellas, *El Álbum Mexicano*, publicado por Ignacio Cumplido en 1849 y cuyo propósito fue difundir conocimientos geográficos, conclusiones de varios estudios estadísticos, avances de las doctrinas económicas, algunos aspectos de la historia de México y favorecer el desarrollo de las letras “halagando la imaginación de escritores literarios”.²⁰

¹⁸ Dicha secretaría fue fundada por las Bases de la Administración de la República decretadas el 22 de abril de 1853. La dividieron en varias secciones, mismas que se ocuparían de temas que tuvieron gran relevancia en el *DUHG*, como la estadística, los caminos, canales y todas las vías de comunicación de la república, el desagüe de México, etcétera.

¹⁹ “Introducción”, en *DUHG*, t. I, p. IV.

²⁰ *El Álbum Mexicano*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1849, 2 vols. Entre sus autores se encontraban varios de los colaboradores del *DUHG*: Ramón I. Alcaraz, José María Roa Bárcena, Manuel Orozco y Berra y José Joaquín Pesado.

El mismo objetivo tuvo la *Biblioteca económica de México o colección de datos, noticias y observaciones sobre la geografía física del país, sobre su estadística, su riqueza, necesidades y recursos, sobre la administración pública en todos sus ramos*, que Luis de la Rosa presentó en Nueva York en 1851 en forma de diccionario, y que Francisco Zarco consideró como un trabajo de consulta obligada tanto para los mexicanos como para los extranjeros interesados en México.²¹ También fue publicado en 1853 *Los mexicanos pintados por sí mismos*, obra que describía los tipos peculiares de la vida cotidiana al mediar el siglo y conformada por una serie de litografías acompañadas de sólidos textos. Otra aportación en el mismo sentido fue *México y sus alrededores*, excelente colección de vistas, trajes y monumentos nacionales, editado entre 1855 y 1856.

Del entusiasmo a la decepción

El 1 de mayo de 1853 se publicó la primera entrega del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. A partir de esta fecha hasta casi finales de 1856, salieron a la luz los restantes —y todos juntos, ya encuadernados, formaron— diez tomos. Los siete primeros llevaron el largo título que he apuntado más arriba, mientras que los tres últimos aparecieron como *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía. Colección de artículos relativos a la República mexicana*, y fueron coordinados, explícitamente, por Manuel Orozco y Berra.

En el primer volumen colaboraron todos los autores que se habían anunciado como “permanentes”, menos Almonte, quien fue nombrado ministro plenipotenciario ante el gobierno de Estados Unidos. Los editores señalaron que eran muchas las personas “respetables” que, persuadidas de la gran utilidad de su pensamiento, habían ofrecido una eficaz cooperación. En efec-

²¹ Cfr. Laura Suárez de la Torre, “Luis de la Rosa, político del México independiente, 1805-1856”, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1997.

to, tal entusiasmo generó este llamado, que el segundo tomo pudo anunciar la colaboración de 16 autores más: Lino José Alcorta, Manuel Berganzo, el conde De la Cortina y de Castro, Francisco Cabañas, Vicente Calero Quintana, Isidro Díaz, Agustín Franco, José María Lacunza, José María Lafragua, Anselmo de la Portilla, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Justo Sierra, Mucio Valdovinos, Juan Villaseñor y José S. Noriega. Si los sumamos a los doce iniciales, los colaboradores anunciados eran ahora 28, todos ellos reconocidos hombres de letras y de variada inclinación ideológica.²²

Los editores no dejaron de apuntar que, si bien la publicación del primer tomo había sido todo un éxito, también habían recibido “críticas y extrañamientos” por omisiones que se habían encontrado.²³ Aclararon que su intención no era publicar “todas las noticias de todas las cosas de México”,²⁴ empresa que no se podía llevar a cabo en pocos años, ni por pocos hombres, ni en naciones nuevas como México, en que se carecía hasta de los primeros datos. Si después del apéndice, dijeron, se echaran de menos muchos artículos, ellos habrían cumplido con dar “cuanto sabían, cuanto habían podido recoger, cuanto les había sido dable escribir, dejando a personas más aptas la corrección de los errores y el acabamiento de la labor”. Por tanto, reiteraron su invitación a “los mexicanos instruidos” a tomar parte en la tarea, a difundir las luces en un pueblo hartamente digno de mejor suerte, a sacar del polvo y del olvido a un país rico y hermoso, “descuidado de sus propios beneficios”. Si recibían la ayuda que esperaban, “tal vez en alguna oca-

²² Si bien Alamán murió el 2 de junio de 1853, su nombre siguió apareciendo en los tomos II al VII.

²³ Se referían a *El Siglo Diez y Nueve*, cuyo editor era Cumplido. Sobre la rivalidad entre éste y Rafael, vid. María Esther Pérez Salas Cantú, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la Ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 101-182; Javier Rodríguez Piña, “Rafael de Rafael y Vilá: el conservadurismo como empresa”, *ibidem*, pp. 305-380.

²⁴ “A los lectores”, en *DUHG*, t. II, p. II. En el original, la frase figura en cursivas.

sión podrían pensar en publicar un diccionario histórico, geográfico, estadístico, biográfico, etcétera, de México”.²⁵

El tomo tercero incluyó dos nuevos autores, el canónigo José Mariano Dávila y Arrillaga y Manuel de Losada y Gutiérrez. La nota a los lectores fue muy escueta —de una página—. En ella se decía que “la muerte y la ausencia ‘habían arrebatado algunos colaboradores’ —clara referencia a Alamán y a Almonte—, pero que, en cambio, otras personas habían tenido a bien asociarse a sus trabajos”. Repitieron que “sólo la cooperación de muchos podría disminuir la imperfección de nuestro primer ensayo”, por lo que renovaban su súplica a todas las personas ilustradas del país para que contribuyeran “con su porción, por pequeña que fuera, a la fábrica de un gran monumento nacional”, que acaso se levantaría algún día sobre los cimientos que se echaran con esa publicación.²⁶ El cuarto tomo añadió en los créditos a Pablo J. Villaseñor y los editores se quejaron de que, “desgraciadamente, nadie había respondido a su invitación. A la verdad —decían—, más daño nos han hecho los ofrecimientos no cumplidos que las negativas declaradas”.²⁷ En los prólogos a los tomos V y VI se dio cuenta del atraso que se llevaba. En la introducción al séptimo volumen, publicado a mediados de 1855, señalaron que, si bien les causaba pena “contemplar el poco satisfactorio resultado de tantos esfuerzos”, no les faltaban motivos de aliento y de confianza. El mayor era la constante benevolencia de los suscriptores, pues había pocos ejemplos en obras de tan larga duración.²⁸

En octubre de ese mismo año, fue Manuel Orozco y Berra quien firmó la introducción del tomo I del *Apéndice* (VIII de la obra). En la portada aparecían los nombres de 20 colaboradores, entre los cuales ya no estaban quienes habían formado parte del gobierno de Santa Anna y, en cambio, aparecían personajes de cla-

ra tendencia liberal, como Guillermo Prieto, Lerdo de Tejada y Francisco Zarco.²⁹ No en vano los acontecimientos políticos habían cambiado el perfil mayoritario de los colaboradores. Para octubre de 1855, los liberales se encontraban en el poder tras el triunfo de la revolución de Ayutla, que, después de un año y medio de lucha contra las fuerzas santanistas, había logrado que el dictador abandonase el país. Se proponían ahora instrumentar su propio proyecto de nación, que impulsaba medidas que incidían en el poder de la Iglesia y del Ejército. En febrero de 1856 se reuniría el Congreso constituyente, cuyas sesiones expusieron el desencuentro que prevalecía entre las distintas facciones políticas aunque, a la postre, redactarían la Constitución de 1857.

Fue en medio de estas azarosas circunstancias políticas que se publicaron los tres tomos del *Apéndice*, en específico, durante los gobiernos de los generales Juan Álvarez e Ignacio Comonfort. Orozco y Berra, quien desde el primer momento había aceptado hacerse cargo de las entradas relativas a la geografía del país y, además, había escrito un gran número de artículos sobre la historia del México independiente, se hacía ahora responsable de la coordinación del *Apéndice*, sin saber que, al poco tiempo, sería llamado a colaborar con el gobierno, ya que, por una parte, fue nombrado director del Archivo General de la Nación y, por otra, oficial mayor del Ministerio de Fomento. Nombramientos ambos que avalaban sus conocimientos tanto en

²⁵ *Idem*.

²⁶ “A los lectores”, en *DUHG*, t. III, p. I.

²⁷ “A los lectores”, en *DUHG*, t. IV, p. I.

²⁸ “A los lectores”, en *DUHG*, t. VII, p. I.

²⁹ José María Andrade, Manuel Berganzo, el conde De la Cortina, Bernardo Couto, Mariano Dávila, Joaquín García Icazbalceta, José María Lacunza, José María Lafragua, José S. Noriega, Manuel Orozco y Berra, Eulalio Ortega, Emilio Pardo, José Joaquín Pesado, José Fernando Ramírez, Ignacio López Rayón, Francisco Pimentel, Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Payno, Guillermo Prieto y Francisco Zarco. El pie de imprenta tampoco era ya el mismo, ahora era el de J. M. Andrade y F. Escalante. La casa editorial había pasado por varios cambios: los tomos I al IV, publicados entre 1853 y 1854, fueron editados por la Tipografía de Rafael y la Librería de Andrade. Los tomos V a VII, publicados entre 1854 y 1855, lo fueron por la Imprenta de F. Escalante y Cía. y la Librería de Andrade.

el campo de los documentos históricos como de la geografía e ingeniería.

En la “Introducción” al primer tomo, Orozco explicó que había aceptado la encomienda por que contaba con la promesa de las personas que “generosamente” se habían ofrecido a colaborar. Sin embargo, ese apoyo le había fallado y el volumen se había armado con algunos artículos originales, otros refundidos y muchos copiados, que tomó de todas las obras que había podido registrar y que le habían parecido interesantes por “lo curioso de las noticias, lo raro del contenido o por el mérito indisputable con que están tratadas las materias”. A pesar del crecido número de este tipo de entradas, señaló, faltaban otras infinitas y acaso no poco importantes. La única ventaja que tenía el *Apéndice* era que se refería exclusivamente a la República mexicana y, en este sentido, era una obra pionera, si bien no era el diccionario histórico, geográfico, mitológico, etcétera, de México, serviría como acopio de materiales, para conocer lo que faltaba, para facilitar la formación de otra obra mejor.

Ya en este primer tomo se quejó de que la compilación le había costado “fatigas y disgustos, desvelos y amarguras”, pues le había consagrado muchas horas de dolor y de padecimientos. Advirtió asimismo que el canónigo Dávila y Arrillaga, “escritor infatigable y muy lleno con la lectura de nuestras olvidadas crónicas”, estaba a cargo de las noticias eclesiásticas y agradeció a “su buen amigo” Miguel Sedano, el haberle ayudado “empeñosamente” en sus trabajos, encerrándose con él a escribir y a coordinar lo escrito. Sin él, señaló, no hubiera podido en verdad avanzar mucho camino.³⁰

En el segundo tomo, firmado el 23 de febrero de 1856, apuntó que no había recibido artículo alguno, lo que confirmaba, dijo, que la obra pasaba sin alabanza ni censura; sus conciudadanos, “ocupados en cosas de mayor interés, supuestos los tiempos dificultosos” que pasa-

ban, se contentaban, y ya era “demasiado para las circunstancias, con dar protección pecuniaria sin curarse de lo demás”.³¹ Al cabo de cuatro meses, el 6 de julio, señaló que terminaba su labor sin haber cosechado más que disgustos y sin estar contento con su trabajo, aunque esperaba que “alguna vez siquiera sirviera de algo”. Dio las gracias a nombre de los editores a aquellas personas que “habían honrado la publicación” y la habían protegido, “sosteniéndola con sus desembolsos”, apuntando que quizás, más adelante, la casa editorial tomara a su cargo formar un diccionario mexicano tan completo cuanto posible fuera.³²

¿Logro o fracaso?

José María Andrade no retomó la idea de formar un diccionario mexicano. Los tiempos tampoco lo propiciaban, el país se encontraba más dividido que nunca y en vísperas de una guerra civil que duraría más de diez años, la cual abriría las puertas a una intervención europea y a la implantación de un imperio con Maximiliano de Habsburgo a la cabeza. Varios de los autores del *DUHG* colaborarían con él en puestos de relevancia, con la idea de que, con este príncipe extranjero, de cuño liberal moderado, se podría finalmente consolidar el Estado mexicano. Es interesante señalar que, a pesar de las azarosas circunstancias políticas, Orozco y Berra seguía pensando en lo necesario que era contar con tal diccionario. Así, en junio de 1861, cuando trabajaba en el Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública, promovió la formación del “gran diccionario geográfico, estadístico, histórico y descriptivo de la República mexicana”. Las instrucciones que giró consistieron en que en cada estado se nombrara una comisión encargada de preparar el diccionario estatal y del conjunto de éstos se formaría el diccionario

³⁰ Manuel Orozco y Berra, “Introducción”, en *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I (VIII de la obra), pp. I-II.

³¹ Manuel Orozco y Berra, “Introducción”, *Apéndice al Diccionario...*, t. II (IX de la obra), p. I.

³² Manuel Orozco y Berra, “Introducción”, *Apéndice al Diccionario...*, t. III (X de la obra), p. I.

general. El modelo a seguir era “el *Diccionario Universal de Geografía e Historia [sic]* publicado en los años de 1853 a 1856”.³³

Si bien este proyecto no se concretó, pues la intervención extranjera se encontraba a las puertas, Orozco no cejó en su empeño de lograrlo. Así, en 1875, y con la colaboración de su alumno, Alfredo Chavero, asesoró al general José María Pérez Hernández en su empresa de armar esta obra enciclopédica. El resultado fue el *Diccionario geográfico, estadístico, biográfico, de industria y de comercio de la República mexicana*, que tuvo menos suerte que el *Apéndice al Diccionario Universal*, pues solo llegó hasta la letra “C”, aunque en cuatro tomos, lo que indica que contó con mayor información.

Con estos antecedentes en mente, cabe preguntarse: ¿la empresa impulsada por Rafael Rafael y José María Andrade fue un fracaso, tal y cómo lo pensó Orozco y Berra en julio de 1856? Varias son las razones que me inclinan a pensar que, a pesar de todo, fue un logro. En primer lugar, fue notable que, en vista de los tiempos políticos que corrían, las entregas del *DUHG* no dejaron de publicarse, lo cual habla bien del compromiso de los editores con los suscriptores y de éstos con la obra. En segundo lugar, fue un éxito el que se consiguiera compilar los siete tomos del *Diccionario Universal* —de la A a la Z— y que estos resultaran de gran formato, cuando los siete de Francisco de Paula Mellado eran de un tamaño dos veces menor; pero además, el que se pudieran editar los tres volúmenes del *Apéndice* —también de la A a la Z—, e igualmente de gran formato, todo ello en una edición muy clara y en papel de buena calidad. En cuarto lugar, este apéndice sí resultó ser el pionero de los futuros diccionarios históricos, geográficos, estadísticos, etcétera, de la República mexicana, tal y como deseaba Orozco y Berra. Por tanto, se puede concluir que, en cuanto a la edición, la empresa fue un éxito. En este sentido, a quienes se refieren al *DUHG* como “el Diccionario de Andrade” les asiste la

razón, pues don José María estuvo detrás de él hasta el final.

¿Respecto al contenido, el proyecto fue también un logro? Si lo contrastamos con lo que se ofreció, podríamos afirmar que sólo los dos o tres primeros tomos cumplieron con lo prometido. En ellos se incluyeron excelentes artículos, escritos *ex professo* para la obra, sobre la historia y personajes de las épocas prehispánica, virreinal y del México independiente, así como una gran cantidad de nombres de pequeñas poblaciones con su ubicación en la geografía política del país,³⁴ a la vez que se intercalaron extensas y detalladas entradas sobre los distintos estados y sus capitales. Todo este conjunto de datos, efectivamente, daba una idea de lo que era México, al tiempo que lo insertaba en la cultura universal. Estas importantes contribuciones, desafortunadamente, fueron disminuyendo a medida que avanzaban las entregas, ya fuera por los azares de la vida o por las circunstancias políticas antes referidas. La muerte de Alamán fue, sin duda, un golpe fuerte para los editores, puesto que muy probablemente era uno de los impulsores del proyecto. El hecho de que muchos de los colaboradores iniciales asumiesen cargos públicos también impidió que cumplieran con su compromiso, mientras que el destierro político de José Fernando Ramírez, en 1854, marcó definitivamente el devenir del *Diccionario*.

El único que se dedicó en cuerpo y alma a la elaboración de los diez tomos fue Orozco y Berra, ya que desde la primera entrega se responsabilizó de todas las entradas geográficas. Como coordinador del *Apéndice*, se ocupó de ampliar la información —cuando la obtuvo— sobre el clima, el número de habitantes, los recursos y fenómenos naturales, la jerarquía jurisdiccional o administrativa, las lenguas, la historia, la información eclesiástica, la educación, la fauna, los alimentos, las enfermedades, la arqueología, la

³³ “Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 5 de julio de 1861.

³⁴ Como por ejemplo, Abasolia, pueblo del estado de Tamaulipas (t. I, p. 12), Acacingo, pueblo del Estado de México (t. I, p. 25), Cabazán, pueblo del estado de Sinaloa (t. II, p. 6), Cacalutla, pueblo del estado de Guerrero (t. II, p. 18), etcétera.

arquitectura y las tradiciones; incluyó también un gran número de itinerarios y recorridos en leguas entre un lugar y otro. Orozco fue, asimismo, el autor de extensos y bien documentados artículos sobre distintos pasajes y personajes de la historia y del arte mexicanos. Por todo esto, también parece que le hacen justicia quienes se refieren al *DUHG* como “el Diccionario de Orozco y Berra”, si bien él sólo firmó como coordinador los tres tomos del *Apéndice*.

¿Qué fue entonces lo que permitió que el tamaño del *DUHG* resultara tan grande y su contenido suficientemente completo, dadas las circunstancias en que se publicó? Fue la decisión, tanto de los editores como de Orozco, de echar mano de cuanto artículo encontraron en las revistas literarias, en los boletines de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, así como en libros, para obtener la información con la que ampliar el conocimiento sobre el país. Ello significó, evidentemente, una loable labor de investigación y de compilación. Así, utilizaron, entre otras obras, la *Biblioteca hispano-americana septentrional*, de José Mariano Beristáin y Souza, de la que recopilaron las biografías de un sinnúmero de personajes que habían contribuido a la cultura novohispana, ya fuera como clérigos o civiles. La *Historia antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero, que Orozco y Berra desmenuzó para intercalar más de cien entradas acerca de los antiguos mexicanos. El *viaje a Yucatán a fines de 1841 y principios de 1842*, de John L. Stephens, le dio un buen número de entradas sobre la recién rescatada cultura maya. El *Ensayo para la materia médica mexicana*, de Antonio Cal y Bracho, le permitió incluir una valiosa información sobre la enorme cantidad de plantas medicinales con que contaba el país. Para compensar la escasa información relativa al conocimiento de la historia del México independiente (una de las decisiones de los editores fue la de no incluir ninguna biografía de alguien todavía en vida, por lo que el desbalance entre la historia y los personajes de la Nueva España y la historia contemporánea resultó enorme), Orozco recurrió a pasajes de la *Historia de Méjico*, de Lucas

Alamán, y a otros del *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, de Carlos María de Bustamante. En cuanto a la historia más reciente, transcribió varios capítulos de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* de Ramón Alcaraz *et al.*

Junto con todo este caudal de información hay también otra aportación de tipo religioso, muy abundante, que le ha dado al *DUHG* la fama de ser, como dije más arriba, un proyecto conservador. En efecto, los editores acudieron a obras que les permitieron incluir muchísimas entradas sobre el papel de la Iglesia en México, en especial, el *Menologio de los varones ilustres de la Compañía de Jesús* y a los *Elogios de hermanos coadjutores de la Compañía de Jesús*, de Juan Antonio de Oviedo. Así mismo, a partir del tomo dos, empezaron a intercalar entradas extraídas de las *Notas generales a la Sagrada Biblia*, de Félix Torres Amat,³⁵ mismas que, del volumen cinco en adelante, se hicieron muy frecuentes. Lo que llama la atención es que en los tres tomos del *Apéndice*, dedicados sólo a la República mexicana, estas entradas, firmadas por F. T. A., no sólo siguieron apareciendo sino que aumentaron considerablemente. Este fenómeno sólo puede explicarse de dos maneras, o se debió al interés de los editores por cumplir con las páginas comprometidas con los suscriptores, o bien, para dar un lugar preponderante a la religión católica, como buscó hacerlo Dávila y Arrillaga, obstinado defensor de las ideas católicas más conservadoras, quien estuvo a cargo de “las noticias eclesiásticas” en el *Apéndice*. Si a esto aunamos la gran cantidad de artículos que ese autor escribió, fácilmente se puede llegar a la conclusión de que el objetivo del *DUHG* fue resaltar la labor de la Iglesia durante el virreinato y el lugar prepon-

³⁵ Félix Torres Amat fue un sacerdote catalán (1772-1847); tradujo al castellano y publicó entre 1823 y 1824 la versión *Vulgata de la Biblia*, en 9 volúmenes. En 1835 esta obra fue reeditada en México, en 17 volúmenes, por la librería de Mariano Galván, que quedó en 1841 en manos de Andrade, uno de los editores-empresarios del *DUHG* mexicano. El libro décimo-sexto de la edición de Galván lleva por título *Notas generales en forma de Diccionario a la Sagrada Biblia*.

derante que debía tener en el México independiente. Por mi cuenta, y a pesar de esto, sigo sosteniendo que los colaboradores tuvieron carta blanca para escribir lo que pensaban. Así, mientras en el tomo I, Ramírez, al referirse a la desafortunada trayectoria del escudo nacional durante el virreinato, atribuyó a “los rasgos de fervor religioso, poco ilustrado”, el haber privado a México y a la ciencia de los ricos tesoros de la civilización de los antiguos mexicanos,³⁶ en el tomo siguiente, Berganzo pudo quejarse de “los progresos fatales del filosofismo, de la libertad desenfrenada, del socialismo y demás monstruos que asestan sus tiros a la Iglesia”.³⁷

Finalmente, cabe preguntarse: ¿el *DUHG* cumplió con su cometido?, ¿contribuyó a formar una idea de nación? Las guerras civil y la de intervención que tuvieron lugar durante los diez años posteriores a su publicación parecen indicar que no. Fue hasta la derrota del partido conservador cuando el liberalismo triunfante comenzó a construir su propia idea de nación. Lo hizo a través de las asociaciones literarias, que fueron continuación de las fundadas durante la primera mitad del siglo, así como de los hombres de letras más destacados, algunos todavía

de la generación de Orozco y Berra junto a los de la siguiente. Este imaginario, sin embargo, ya no fue el de una nación católica, como el que prevaleció en el *DUHG*, sino que se impuso la idea de un Estado laico.

Ejemplo de ello fue que Antonio García Cubas, interesado en los mismos temas que Orozco (si bien nunca colaboraron directamente, por razones que no alcanzaron a esclarecerse en esta investigación), retomó su idea y, entre 1888 y 1898, publicó el *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*. En él, respondiendo a la visión política del porfiriato, excluyó los artículos relativos a las instituciones y personajes de carácter religioso que tanto abundaban en el *DUHG*, si bien a la vez reprodujo textualmente una gran parte de los artículos compilados en esta obra pionera.

Así y todo, no es posible imaginar el nuevo rumbo que los liberales dieron a la idea de nación mexicana sin que Andrade, Orozco y Berra y sus colaboradores hubiesen empezado por sembrar el sentimiento de pertenencia a un ámbito geográfico e histórico común mediante la enorme cantidad de información que dejaron plasmada en la obra enciclopédica publicada entre 1853 y 1856.

³⁶ “Armas de México”, en *DUHG*, t. I, pp. 300-305.

³⁷ “Concilios mexicanos”, en *DUHG*, t. II, pp. 478-485.